

Cuidar el cuerpo, cuidar el alma.

Hacia una filosofía de la enfermería

JUAN DIEGO GONZÁLEZ SANZ*

La comunicación que comparto hoy con ustedes quiere ser, ante todo, una llamada a abrir los ojos y las manos, y a salir de la propia tierra para andar nuevos caminos, porque el futuro de la formación humana en Europa no pasa en exclusiva por las Facultades de Filosofía. Será la mía una invitación a ejercitar vuestra valentía, para buscar en la enfermería una nueva compañera de viaje para la filosofía cristiana y las instituciones universitarias que la sostienen.

Soy consciente de que este tema, presentado además por alguien que es a un tiempo doctor en Filosofía, pero también matrono y profesor de enfermería, puede sorprender a más de uno de los asistentes a este congreso. Confío en que esta sorpresa sea un buen presagio pues, en palabras de Ortega, “sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender” (José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, p. 42).

Y lo que se trata de entender aquí es qué vinculación posible hay entre cuidados de enfermería y filosofía cristiana; posteriormente, si se llega a la conclusión de que es posible dicha vinculación, ver si es conveniente; para, al terminar, intentar averiguar de qué forma podría potenciarse.

a. Nociones de cuidados de enfermería y de filosofía cristiana

Quiero aclarar que, en adelante, mis observaciones procederán de la realidad española, que es la única que conozco y de la que puedo hablar con cierta seriedad, especialmente en el caso de la práctica de la enfermería. Dicho esto, y parafraseando al pensador alemán Odo Marquard, podríamos partir de que el cuidado (y esta frase es segura) es siempre el descuido que uno deja atrás. Luego los cuidados de enfermería son el conjunto de atenciones (por contraposición a todas las desatenciones que serían posibles) que prestan las enfermeras a las personas con las que se

* *Universidad de Huelva* (Spain). – This text can be quoted as follows: Juan Diego González Sanz, “Cuidar el cuerpo, cuidar el alma. Hacia una filosofía de la enfermería”. In: João J. Vila-Chã & Miguel García-Baró (Org.), *Philosophy and the Future of Human Formation in Europe • La Filosofía y el futuro de la formación humana en Europa*. Papers Presented at the Regional Congress of COMIUCAP-Europe Organized in Conjunction with the Universidad Pontificia Comillas (Madrid, 17-19 of December, 2014).

relacionan profesionalmente, en cualquier lugar y circunstancia en que se encuentren.

Esta descripción, más pragmática que otras, enfatiza un aspecto que me parece central: que el principal recurso y herramienta de toda enfermera es ella misma. Por tanto, cuando se habla de la formación de aquellas personas que habrán de convertirse en enfermeras, se está hablando de la configuración del núcleo conceptual y actitudinal de cada enfermera; algo infinitamente más importante que cualquier dominio tecnológico de cara al tipo y la calidad de los cuidados que después será capaz de prestar.

Por otra parte, y por seguir avanzando de la mano de Marquard, tengamos en cuenta lo que éste dijo haber aprendido sobre filosofía del gran filósofo cristiano del siglo XX que fue Josef Pieper, por

sólo merece la pena aquella filosofía que uno puede seguir tomando en consideración incluso en situaciones difíciles de la vida (Odo MARQUARD, *Filosofía de la compensación*, p. 126).

Como ven, renuncio ante tan exquisito auditorio a intentar siquiera una definición de filosofía cristiana, pues desde la 1ª Carta a los Corintios hasta la obra de E. Gilson, hay un mundo de lecturas para intentar describir qué es o debería ser una filosofía cristiana. Más bien prefiero hacer una selección y quedarme sólo con aquello que parece merecer la pena, la filosofía que puede enseñar a vivir porque se parece a “aquella sabiduría de la vejez adquirida por quienes aún no son ancianos” (Odo MARQUARD, *Adiós a los principios*, p. 34) y que, por tanto, puede ayudar y tiene sentido en los momentos difíciles de la vida; pero, atención a esto, no solo (y esto es vital en relación con la profesión enfermera) en los de la propia vida, sino también en los de las vidas de los demás.

¿Y que matiz tendría entonces que aportar el adjetivo de cristiana que hemos de añadir a esa filosofía? El matiz de que quienes hacen esa filosofía, o son cristianos (sin entrar ahora a valorar la calidad de su cristianismo, en la línea kierkegaardiana sugerida por el profesor Ángel Viñas), o al menos tienen en cuenta las historias y las preguntas fundamentales que el Evangelio y la tradición cristiana ponen sobre la mesa, siguiendo al profesor García-Baró cuando afirma que “este pensamiento narrativo... más que teología debería recibir el nombre universal, general, de filosofía cristiana” (Miguel GARCÍA-BARÓ, “Notas sobre la mística cristiana en la perspectiva de la experiencia filosófica”, *Diálogo Filosófico*, 77, 2010, p. 264). Preguntas insoslayables cuando uno se mueve en torno a momentos tan difíciles y especiales de la vida como el nacimiento, la enfermedad o la muerte. Marquard lo ha dicho con claridad:

un filósofo que no sea de algún modo, en ese sentido, un «escritor religioso», renuncia a preguntas filosóficas a las que no debería renunciar un filósofo (Odo MARQUARD, *Filosofía de la compensación*, p. 129).

b. Conveniencia de su vinculación

Pues bien, una vez descritas, aunque muy sucintamente, las dos cuestiones que pretendo examinar aquí, no abordaré la posibilidad de vincular ambas realidades (el trabajo de aquellas personas que hacen filosofía cristiana y el de las que se dedican profesionalmente a la enfermería), sin antes preguntarme por la conveniencia de dicha vinculación; no sea que en el afán de novedades, cometa un error aproximando cosas que nunca debieron haber estado próximas.

En mi opinión, hay al menos tres razones por las que la enfermería necesita a la filosofía y viceversa. Veámoslas.

La primera idea, en este sentido, es que al tratar de este vínculo, más que de crearlo, habría que hablar de revisar y restaurar una tradición, pues la cercanía de la enfermería occidental con la religión cristiana ha sido una constante desde la expansión del cristianismo en la antigüedad tardía (véase, por ejemplo, Rodney STARK, *La expansión del cristianismo*). De hecho, como atestigua la historia de la enfermería europea, es incomprendible esta profesión sin su conexión con las diferentes concreciones en que fue cristalizando la inquietud cristiana por cuidar a los enfermos, en los diferentes siglos y localizaciones geográficas de Occidente. La historia del monacato y la historia de la enfermería son confluentes hasta la Reforma Protestante. Y después de ésta, y hasta bien entrado el siglo XX, dicha historia es el ejercicio de contraste entre las tendencias profesionalizadoras del ámbito anglosajón y el nacimiento, desarrollo y decadencia de las órdenes y congregaciones católicas de la Contrarreforma y su manera de entender la enfermería.

Me doy cuenta, en este punto, de que la referencia a la historia puede ser tremendamente controvertida, pues hay tantas maneras de contemplarla como ojos capaces de hacerlo. Pero es la historia la que nos permite poner palabra a todo aquello que hoy nos ocupa y nos preocupa y, por tanto, siguiendo a Hans Blumenberg, puedo afirmar que “es posible que se pueda aprender de la historia, o bien que no se pueda aprender. Esto es secundario si lo comparamos con la obligación, elemental, de no dar lo humano por perdido” (Hans BLUMENBERG, *Las realidades en que vivimos*, p. 172).

Y esto es lo que en este momento es esencial para la enfermería europea: no dar por perdido lo humano que pueda haber en ella, por muy eclipsado que pueda estar por los aspectos científicos y técnicos que se han hecho hegemónicos en su ejercicio y en su pensamiento.

Por esta razón, reivindicar la conexión de la enfermería con la filosofía cristiana es, de alguna manera, hacer un esfuerzo por volver a conectar a muchas personas con una tradición de la que han sido desconectadas bruscamente. Esta separación es una de las consecuencias negativas del

cientificismo rampante de las últimas décadas, que olvida que no hay ninguna ciencia que no sea llevada a cabo por seres humanos y que, por tanto, todo aquello que es constitutivo de los seres humanos termina siendo a la postre constitutivo de la ciencia. Así que no es posible una ciencia que no esté mediada, condicionada y también enriquecida por la tradición, ya que la tradición es un elemento sustancial para toda persona:

la tradición ejerce un efecto selectivo sobre lo que es significativo «para el hombre»: lo que ante todo concierne al hombre, lo que independientemente de las perspectivas de verificación teórica, ayuda a que se articule la autocomprensión de sí mismo (Hans BLUMENBERG, *El mito y el concepto de realidad*, p. 56).

Por eso en este momento de la evolución histórica de esta profesión es pertinente hasta el extremo la reivindicación de las ciencias del espíritu, entre las que es posible contar a la filosofía cristiana, pues a la enfermería le resulta completamente necesaria su colaboración para poder adaptarse a un entorno cultural en el que sus antiguas herramientas conceptuales y lingüísticas ya no sirven para desarrollar plenamente su función. Es necesaria una actualización de las capacidades humanas de quienes desempeñan la enfermería para poder hacer frente a las dificultades del presente. Hace falta, y cito a Marquard, una nueva “interpretación: mediante ella se suele buscar para lo que se ha vuelto extraño un marco familiar en el que cuadre; y este marco es casi siempre una historia. Pues los seres humanos son historias” (Odo MARQUARD, *Apología de lo contingente*, p. 116). Así, la enfermería necesita a la filosofía cristiana para recuperar su tradición, su identidad narrativa, en palabras de la profesora Carla Canullo.

Pero, si los seres humanos son historias y las historias de la enfermería se han ido dejando abandonadas por el camino, es evidente que habrá oquedades en la humanidad actual de la profesión. Y una de ellas, quizá la más importante, es la relativa al por qué de la profesión. Es una cuestión imprescindible porque, al situar en el plano la meta final a la que los esfuerzos enfermeros se encaminan, aporta el elemento básico para poder elaborar una perspectiva de la enfermería en el conjunto del mundo en el que le toca desarrollarse hoy, y ya se sabe, gracias a Ortega, que “en la comprensión de la realidad social lo decisivo es la perspectiva, el valor que a cada elemento se atribuya dentro del conjunto” (José ORTEGA Y GASSET, *España invertebrada*, p. 33).

Esta visión global de la enfermería, encajada en el marco más amplio aún de la sociedad actual, tiene un componente ético y político insustituible, pues permite orientar personal y colectivamente los pasos de los que van dando cuerpo a una profesión hacia una meta acorde a las circunstancias y las necesidades concretas de cada tiempo histórico. Los pasos personales y corporativos se vuelven así ejercicios de coherencia pues, habla Ortega de nuevo, “cada acción nuestra nos exige que la hagamos brotar de la anticipación total de nuestro destino y derivarla de un pro-

grama general para nuestra existencia” (José ORTEGA Y GASSET, *El libro de las misiones*, p. 18).

Al preguntarnos entonces por el concreto por qué de la profesión enfermera, hay que escuchar una vez más dos precisiones preliminares que hace Ortega respecto al carácter general de toda profesión: que “*officium* es hacer sin titubeo, sin demora, lo que urge, la faena que se presenta como inexcusable” (*idem*, p. 26); y que toda persona “al ejercer una profesión, se compromete a hacer lo que la sociedad necesita” (*idem*, p. 25). Así pues toda profesión es un servicio necesario (qué pena que hayan leído tan poco a Ortega todos esos que se han negado durante décadas a considerar a la enfermería una profesión).

Yendo un poco más allá desde este punto, me atrevo a afirmar que, por lo delicado de su objeto, la enfermería no debería ser nunca en primer grado una profesión técnica, basada en el desempeño más o menos mecánico de complejos procedimientos tecnológicos. Por ser una profesión centrada en la persona, en ella ha de primar la condición de servicio. Algo que, lejos de ser un camino de retorno a las épocas voluntaristas de bajo nivel de profesionalización, en los que se entendía la labor enfermera como una ocupación propia de monjas y monjes, se ha de mostrar como el grado más alto de profesionalización. También en esto la ayuda de Ortega es muy valiosa cuando dice, con su toque aristocrático de siempre, que

contra lo que suele creerse, es la criatura de selección, y no la masa, quien vive en especial servidumbre. No le sabe su vida si no la hace consistir en servicio a algo trascendente. Por eso no estima la necesidad de servir como una opresión (José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, p. 82).

Por lo que llevo visto y vivido, qué difícil resultaría para muchos profesionales de enfermería asumir en toda su plenitud esta afirmación. De este modo, la enfermería necesita a la filosofía cristiana para vislumbrar la perspectiva de su por qué.

Finalmente, hay algo más que la filosofía puede hacer por la enfermería, ponerle alma y palabra. ¿Habrán dos palabras más capaces de remitir a una filosofía cristiana? Pues ambas son también esenciales para la enfermería, esa labor tan a menudo centrada en un hacer cuerpo a cuerpo, pero afásica para referirse a las almas que se encuentran en ese trabajo corporal. Es la actual una enfermería con poca alma para tanto cuerpo. Por eso necesita que la filosofía le sirva de naufragio, aunque sea solo a modo de simulación. Que la sitúe en la isla desierta del tú a tú, haciendo de la enfermera un Robinson enfrentado a la soledad y a sí misma. Que le pregunte con voz firme e insistente: “sin todo el aparato técnico con el que te revistes como si fuera una armadura, ¿qué sabrías hacer hoy frente al otro? ¿Qué cuidado queda en ti sin tus máquinas, sin tus técnicas, sin tus rutinas?”. Este naufragio, que cada enfermera ha vivido varias veces en su

carrera (al menos cada vez que empieza a trabajar en un nuevo puesto), a veces se olvida a conciencia, con todo cuidado, para poder dejarse llevar en la tranquilidad de la corriente rutinaria del trabajo estándar. Por eso a la enfermería, para zarandear el alma, le hacen falta palabras. Palabras filosóficamente hilvanadas en preguntas agudas que aguijoneen, que remuevan los lodos de la pasividad.

Pero también palabras que nombren, como por primera vez, todo ese mundo que la enfermera náufraga va descubriendo. Que le permitan dar salida a tanta inquietud, a tanta energía creativa como se oculta, apenas enterrada, esperando su ocasión para reivindicarse, tras cada encuentro íntimo con los otros que sufren, con los otros que en su abandono en medio de un océano de soledad reciben con la enfermera la visita de un milagro. Pues no son pocas las veces en que la enfermería no encuentra cómo decirse y cómo decir lo que ve, lo que hace, lo que descubre. A menudo se ve obligada a expresarse “con el instrumental de conceptos romos que sirvieron hace doscientos años para afrontar situaciones de hecho doscientas veces menos sutiles” (José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, p. 104). De este modo, con sus palabras que duelen y con sus palabras que abren puertas, la enfermería necesita a la filosofía cristiana para poner algo más de alma entre tanto cuerpo.

Pero no sería justo dejar de señalar, en este punto, que también para la filosofía cristiana hay un enriquecimiento potencial en su contacto con la enfermería.

En primer lugar, por la ampliación de las cuestiones de las que la filosofía puede hacerse cargo. Tras una historia llena de procesos de auto-determinación de sus diferentes hijas (Marquard llegará a decir que “la historia de la filosofía es la historia de la reducción de la competencia filosófica”, Odo MARQUARD, *Adiós a los principios*, p. 33), la filosofía presente, a menudo anémica, puede encontrar en los temas de los que la enfermería se ocupa un campo fértil para sus reflexiones, incorporando temas, como decía al inicio de nuestro encuentro el profesor Vila-Chã, de especial relevancia (el cuidado, las diferencias de género en su práctica, el sufrimiento, la muerte, etc.).

Todas las corrientes de la filosofía, desde la analítica hasta la política, podrían encontrar materias de interés a poco que buscaran en los pasillos de los hospitales o en los maletines de las enfermeras que ruedan de casa en casa. Además, al introducirse en este nuevo territorio del cuidado, quienes practican y/o enseñan la filosofía encontrarán nueva compañía para pensar, equipada de otros bagajes metodológicos y conceptuales, favoreciéndose una interdisciplinariedad en positivo (“las simbiosis son de gran importancia: sobre todo para la filosofía fundamental de las ciencias particulares”, Odo MARQUARD, *Adiós a los principios*, p. 36), lista para ser utilizada seriamente de cara a comprender cuestiones complejas, y

no solo para rellenar requisitos curriculares. De este modo, la filosofía cristiana necesita a la enfermería para ampliar los temas de los que trata.

Y no es solo esto lo que puede ofrecer la enfermería. En su contacto con ella la filosofía cristiana quizás se diera cuenta de que a veces tiene cierta obligación de aterrizaje. Acostumbrada a escribir para sí misma, e incluso partiendo de la convicción de que muchos de sus textos no serán nunca leídos, la filosofía sufre a menudo mal de altura. Por eso es tan conveniente escuchar la advertencia de Marquard, que es

condición necesaria, suficiente y central que existan aquellos que escriben filosofía para todos: filósofos como escritores. Los paseos trascendentales por las nubes no son suficientes: la filosofía, aunque sea de forma indirecta, ha de ofrecer como contenido diagnósticos de su tiempo y elaborar experiencias vitales (Odo MARQUARD, *Filosofía de la compensación*, p. 134).

La enfermería, hecha por gentes acostumbradas a andar con los pies en el suelo, necesitará una filosofía que sepa hablarle con palabras comprensibles, y de inmediato mostrará su falta de interés y su hastío ante el academicismo oscuro y la palabrería vana. Signos, por otra parte, de la presencia de ese mal que tanto denunció Michel de Certeau: el autoengaño del experto, que escondido tras su jerga cree saber de lo que habla. De este modo, la filosofía cristiana necesita a la enfermería para corregir su tendencia a producir discursos endogámicos e ininteligibles.

En último lugar, sin ser cuestión de menor importancia, queda hacer un llamamiento a quienes se dedican a la filosofía para que no desprecien todo cuanto pueden aprender del bagaje de las enfermeras, pues así (habla Marquard de nuevo) como

la experiencia sin filosofía es ciega; la filosofía sin experiencia es vacía: en efecto, no es posible filosofía alguna sin haber adquirido la experiencia respecto a la cual el filósofo ofrece una respuesta (Odo MARQUARD, *Adiós a los principios*, p. 15).

Ciertamente, pocas otras profesiones como la del cuidar se ven arrojadas a un mundo de experiencias de tal intensidad. Tanto es así que estas moldean indudablemente el carácter de quienes han hecho del cuidar su ocupación, a veces incluso endureciéndolo grandemente. Por ello, ante la oportunidad de un diálogo sereno y sincero con la filosofía, la enfermería puede aportar una riqueza vital desbordante, pues tiene contacto real con dimensiones incómodas de la humanidad. En este sentido, si damos por buena la idea de mi querido maestro Antonio Lastra, que afirma que “la más pobre de nuestras experiencias es lo suficientemente rica como para expresar el pensamiento” (Antonio LASTRA, *La necesidad logográfica*, p. 37), la experiencia enfermera es toda una propedéutica filosófica. De este modo, la filosofía cristiana necesita a la enfermería para estar más cerca de la experiencia directa de la vida.

c. Posibilidad de su vinculación: la Universidad

Viendo entonces que la vinculación entre estas dos disciplinas podría muy bien traer beneficios para ambas, toca ahora preguntar si dicha vinculación es posible. Muy rápidamente, parece sensato pensar que para cultivar este encuentro harán falta, al menos, tres cosas: espacio, tiempo y voluntad de encontrarse. La Universidad, que puede ofrecer las dos primeras, podría ser un buen marco de diálogo si se encuentra a quienes dispongan de la tercera y más necesaria.

Así, en un entorno universitario y reunidos con el entusiasmo compartido de dialogar a medio camino entre la enfermería y la filosofía, podrían quienes se dedican a ambas disciplinas renovar el estudio del ser humano, pues, apropiándome del parecer de Ortega una vez más, “frente a las ciencias naturales tienen hoy que renacer las «humanidades», si bien con signo distinto del que siempre tuvieron” (José ORTEGA Y GASSET, *El libro de las misiones*, p. 167). Y ese signo ha de ser la libertad de considerar como digna de estudio no solo la cultura pasada siguiendo rígidamente parámetros clásicamente establecidos (el mundo de las letras, que decía el profesor Sánchez Orantos), sino también la cultura presente, en sus mil formas diversas y cambiantes. Es en este sentido que puede decirse, con el profesor Lastra, que “la sustitución de las Humanidades por los *Cultural Studies* es, en cualquier caso, un hecho consumado” (Antonio LASTRA, *La necesidad logográfica*, p. 138). La enfermería filosófica o filosofía de la enfermería será así uno más de los estudios culturales que sirven de exponente de un futuro distinto que ya está llegando. Como un brote que aparece, ectópico, entre los ladrillos del muro de la universidad tecnificada.

Pero no todo es entusiasmo, por supuesto, y conviene no perder de vista que se han agudizado muchas de las observaciones críticas que Ortega hizo a la Universidad ya hace casi cien años. En primer lugar hay que constatar que se ha perdido, quizás definitivamente, la vertiente deportiva del estudio. Aunque sea un fenómeno que se presente con mayor intensidad en el caso de los estudiantes de enfermería, ciertamente, la tendencia dominante implica ver el tiempo de estudio universitario como el inicio de una larga carrera de obstáculos, que llevará del grado a uno o varios másteres, y después incluso a uno o varios doctorados, en pos de un puesto de trabajo. A tenor de los currículos de los jóvenes españoles que hoy rozan los treinta y cinco años, es manifiesto que la profecía orteguiana se cumplió y que

el estudio no es ya el *otium*, la *sjolé*, que fue en Grecia -empieza ya a inundar la vida del hombre y rebosar sus límites. La inversión característica de esa rebelión contra su creador de las creaciones humanas es ya inminente: en vez de estudiar para vivir va a tener que vivir para estudiar (José ORTEGA Y GASSET, *El libro de las misiones*, p. 40).

A esto se suma, en segundo lugar, una agudización intensísima de la primacía de lo científico en el conjunto de la sociedad y también en la educación superior. Desde la configuración de los planes de estudio, a la oferta del mapa de titulaciones de cada centro universitario, hasta llegar a la parrilla de líneas prioritarias de investigación a financiar con dinero público desde las instituciones locales, nacionales y europeas, el predominio de la ciencia como único modelo válido de saber no ha hecho más que acrecentarse.

El tercer aspecto crítico es el relativo al desborde del saber, que en estos tiempos de internet ha crecido hasta hacerse prácticamente inabarcable. Como ha dicho Blumenberg, ante esta proliferación ingente de conocimientos, “tiene que haber una perspectiva desde donde todo se vea más sencillo” (Hans BLUMENBERG, *Las realidades en que vivimos*, p. 162). En búsqueda de esa perspectiva, o de la forma en que al menos se pueda guiar al estudiante en el *maremagnum* de datos en que consiste la educación universitaria actual, ya Ortega abogó por un “principio de economía en la enseñanza” que se apoya en la premisa de que “no se debe enseñar sino lo que de verdad se puede aprender” (José ORTEGA Y GASSET, *El libro de las misiones*, p. 95). La filosofía de la enfermería, como estudio cultural universitario nacido del diálogo colaborativo entre la enfermería y la filosofía, podría tener, en este sentido, la virtud de convertirse en un vuelo a vista de pájaro sobre el territorio conceptual inmenso de la enfermería. Se cumpliría así la petición de Ortega:

es preciso que no prosigan la dispersión y complicación actuales del trabajo científico sin que sean compensadas por otro trabajo científico especial inspirado en un interés opuesto: la concentración y simplificación del saber (José ORTEGA Y GASSET, *El libro de las misiones*, p. 118).

Una vez hecha esta evaluación crítica del punto de partida, parece conveniente mirar también por un momento al modo en que filosofía y enfermería se sitúan hoy en la academia. Respecto a la segunda, hay que resaltar que aunque la enfermería como disciplina está quizás en su mejor momento académico (numerosa implantación de centros públicos y privados, transformación en España de las escuelas universitarias en facultades, acceso al doctorado, etc.), los estudiantes concretos que año tras año acceden a sus estudios y que egresan como profesionales, atraviesan un momento oscuro. Y no solo debido a la clamorosa falta de oportunidades laborales en nuestro país, incapaz de absorber el elevado número de profesionales de enfermería que forma, sino por la ausencia de un modelo filosófico para la enfermería que ataña al cuidado como estilo de vida. Los profesionales de enfermería españoles salen al mundo sin una preparación filosófica suficiente.

Ambas cosas, falta de empleo y falta de pensamiento para afrontar la vida del cuidado, están generando un malestar notable. Por ello puede

que sea el mejor momento para iniciar la vinculación entre enfermería y filosofía que aquí se plantea porque, siendo esta crisis un gran peligro, es también la mejor de las oportunidades para una enfermería más filosófica, pues ya decía Ortega que “toda vida es la lucha, el esfuerzo por ser sí misma” (José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, p. 110), que la “vida es lucha con las cosas para sostenerse entre ellas” y que “los conceptos son el plan estratégico que nos formamos para responder a ese ataque” (*idem*, p. 137).

En el otro extremo, la filosofía académica española sufre una relevancia hartamente escasa en el conjunto de la academia e incluso de cierto aislamiento respecto de los demás habitantes de la universidad. En parte, es muy probable que esto se deba a la falta generalizada de valoración del quehacer filosófico y del pensamiento en el conjunto de la sociedad española, que se traduce en una política cada vez más mezquina con la presencia de la filosofía en los planes de estudio de todos los niveles educativos. Pero quizás también venga respaldado este aislamiento en cierta actitud de autosuficiencia, que tan claramente expuso Ortega:

La filosofía no necesita ni protección, ni atención, ni simpatía de la masa. Cuida su aspecto de perfecta inutilidad, y con ello se sabe liberto de toda supeditación al hombre-medio (José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, p. 100).

Sin embargo, el hombre y la mujer medios son hoy, sin lugar a dudas, los habitantes de la Universidad, y esta es la piedra de toque para cualquier reflexión que pueda iniciarse sobre un diálogo que quiera tener lugar en el ámbito académico. Por eso ya no es posible mantener la elusión que se permitiera el filósofo madrileño en su texto programático sobre el mundo universitario: “la Universidad significa un privilegio difícilmente justificable y sostenible. Tema: los obreros en la Universidad. Quede intacto” (*idem*, p. 69).

Más de cuarenta años después de que Ortega escribiera su *Misión de la Universidad*, Michel de Certeau también se preguntó por esta cuestión, aunque su respuesta puede considerarse prácticamente contraria a la del primero. Según Certeau, en 1970 la Universidad se veía atrapada entre dos fuerzas: la conservación de la cultura y la masificación de sus centros; coyuntura que exige a la Universidad, desde la perspectiva del jesuita francés, que “produzca una cultura de masas” (Michel de CERTEAU, “Les universités devant la culture de masse” en *La culture au pluriel*, pp. 85-103). Analizando con detalle la cuestión Certeau señala que el reto al que se enfrenta la universidad no es sólo de orden cuantitativo, sino cualitativo, pues “la entrada masiva de las clases medias en la universidad plantea un problema totalmente diferente” (*idem*, p. 87), que tiene mucho que ver con la función social de la cultura de la que la universidad es depositaria y garante.

Hoy, después de otros cuarenta años desde el análisis cerceaniano y a casi un siglo de las observaciones de Ortega, todo ha cambiado mucho, pero en el fondo la cuestión a resolver permanece igual. La masificación de la universidad ha llegado a niveles inauditos, así como la pérdida del valor atribuido a toda cultura que exceda la propia especialización profesional o científica. Por tanto, la encrucijada entre masificación y cultura (o lo que es lo mismo, la pregunta por las condiciones de posibilidad de una cultura de masas en la universidad) sigue sin tener solución.

Para que el diálogo filosofía-enfermería pueda darse, y pueda abordar con cierta solvencia esta cuestión sin resolver, una vía posible es que juntas contemplen la Universidad como algo más amplio de lo que hasta ahora ha sido. Es la vía de la antigua propuesta de Ortega de hacer de una «Facultad» de Cultura el núcleo de la Universidad y de toda la enseñanza superior” (José ORTEGA Y GASSET, *El libro de las misiones*, p. 116), entendiendo que “Cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento” (*idem*, p. 74). Pero para ello “hay que acabar para siempre con cualquiera vagarosa imagen de la ilustración y la cultura, donde estas aparezcan como aditamento ornamental, que algunos hombres ociosos ponen sobre su vida. La cultura es un menester imprescindible de toda vida, es una dimensión constitutiva de la existencia humana, como las manos son un atributo del hombre” (*idem*, p. 114).

d. ¿Es necesario hacer algo para vincular cuidados de enfermería y filosofía cristiana?

Solo al abordar ya la recta final de este texto, toca contestar esta pregunta, pues “toda recta sentencia sobre cómo deben ser las cosas presupone la devota observación de su realidad” (José ORTEGA Y GASSET, *España invertebrada*, p. 107). Y con devoción he intentado observarla en las páginas precedentes en compañía de grandes pensadores. Desde ahí, mi respuesta es que no hay nada más necesario para lograr este objetivo que ponerse a trabajar ya, filosofía y enfermería juntas, en espacios intermedios. Por ejemplo:

- *opening the philosophy faculties to nurses (including special research lines of philosophy of nursing in PhD programs)*
- *going to nursing faculties (offering philosophical contents to undergraduate and master students by contacts with nursing academics)*
- *starting new research projects between nurses and philosophers.*

Y hacer todo esto con entusiasmo y con la seguridad de que va a haber pasos en falso, de que habrá caminos sin salida aparente, pero que el intento merecerá la pena, por todo cuanto se ha dicho hasta aquí.

Toca ahora entonces, sin más dilación, acabar este texto para empezar el siguiente, que habrá de ser escrito a cuatro, seis o doce manos con aquellos de ustedes que estén dispuestos a ello, y que ya no deberá responder a las cláusulas de los contratos corporativos de las instituciones enfermeras o filosóficas, sino a cláusulas nuevas, las de la filosofía de la enfermería, que esperan ser redactadas.